

Fragmentos escogidos de Platón, *República*, sobre la educación y modo de vida de los guardianes y de los futuros gobernantes en el Estado ideal¹

Libro II

[Sócrates conversa con Adimanto sobre la justicia y cómo lograr un Estado ideal que sea justo. Dice en un momento Sócrates:]

368e -[...] Si admites que hay una justicia para el individuo, ¿no admites también otra justicia para la ciudad entera?

-Desde luego – dijo [Adimanto].

-¿Y no es acaso una ciudad más grande que un individuo?

-Más grande –contestó.

369a -Por consiguiente, la justicia pudiera muy bien encontrarse allí en caracteres más grandes y más fáciles de discernir. Entonces, si os parece bien, examinaremos primero cuál es la naturaleza de la justicia en las ciudades, y después la estudiaremos en cada individuo, tratando de descubrir la semejanza con la grande en los rasgos de la pequeña.

-Me parece bien –dijo.

[...]

369b XI. -A mi juicio –dije yo-, la ciudad tiene su origen en que cada uno de nosotros no se basta a sí mismo y necesita de muchas otras cosas. ¿O a qué otra causa atribuyes tú el origen de la ciudad?

-A ninguna otra –contestó.

-Tenemos, pues, que un hombre se une a otro llevado por una necesidad, y otro llevado por otra necesidad diferente, y como las necesidades son varias, su multiplicidad reúne a muchos hombres en un mismo lugar, que se asocian para ayudarse entre sí, y a esta sociedad le damos el nombre de ciudad, ¿no te parece?

-Sin duda.

[Entre las necesidades, Sócrates y Adimanto acuerdan en que la primera y más importante de todas es la alimentación, luego la habitación, el vestido, etc.]

370a -[...] no hay dos hombres completamente iguales por naturaleza, sino que tienen

370b aptitudes diferentes, unos para hacer unas cosas y otros para hacer otras. ¿No lo crees así?

-Desde luego.

-¿Y qué? ¿Trabajaría mejor un hombre dedicándose a muchos oficios, o limitándose a ejercer el propio?

-Limitándose a ejercer el propio –contestó.

[Consideran entonces que una ciudad requerirá un gran número de labradores, de artesanos, de comerciantes, tejedores, zapateros, herreros, albañiles, etc., así como también de “otra clase de servidores auxiliares, aquellos que la comunidad no estima demasiado por su inteligencia, pero que por su fuerza física son aptos para los trabajos penosos”, a los que llama asalariados.]

[...]

371e -¿Y dónde encontraremos en ella [en la ciudad] la justicia y la injusticia? ¿Es que surgen, acaso, de los elementos que acabamos de examinar?

372a -No lo creo, Sócrates –contestó-, a menos que no sea de las relaciones mutuas que la necesidad crea entre los ciudadanos.

[...]

374a -Si la ciudad continúa creciendo, amigo mío, tendremos que ampliarla con un ejército, no pequeño, sino poderoso que salga a campaña para luchar contra los invasores en defensa

¹ Aunque los fragmentos se transcriben siguiendo la traducción ofrecida en la edición de Eudeba de 1978, las referencias se dan de acuerdo a la numeración convencional de los escritos platónicos (de manera que puedan identificarlos rápidamente quienes consulten otras ediciones). Todo lo que aparece entre corchetes lo hemos agregado o suprimido nosotros.

de su territorio y de los bienes que acabamos de enumerar.

-¿Cómo? –replicó él-. ¿Sus propios ciudadanos no serán capaces de defenderla?

-No –contesté-, si respetamos el principio sobre el cual nos pusimos de acuerdo [...], que era imposible que un mismo hombre desempeñara como es debido varios oficios a la vez.

-Tienes razón –dijo.

b -¿Y qué? –dije yo-. ¿No crees tú que hacer la guerra es un oficio?

-Desde luego –respondió.

-¿Habrá que prestar, acaso, mayor atención al oficio de zapatero que al de guerrero?

-De ninguna manera.

[...]

374e XV. –Por consiguiente –continué-, cuanto más importante es el oficio de estos guardianes, mayores son el tiempo, la dedicación y los cuidados que exigen.

-Así lo creo- contestó.

-¿Y no exigirá esa ocupación aptitudes naturales?

-Sin duda.

-A nosotros nos corresponderá elegir, si somos capaces de ello, a los que por su naturaleza y sus aptitudes son los más apropiados para la custodia de la ciudad.

[...]

375a -Pues bien –dije yo-, ¿no crees que existe cierta semejanza entre las cualidades de un joven perro de raza y las de un joven de noble nacimiento?

-¿A qué te refieres?

-A que tanto el uno como el otro han de tener sagacidad para descubrir al enemigo, velocidad para perseguirlo y fuerza para luchar con él, si fuera preciso, una vez que le hubieran dado alcance.

-En efecto –dijo-, todas esas cualidades son necesarias.

-Y también valentía, si quieren batirse bien.

-No cabe duda.

[...]

375c -Sin embargo, es necesario que sean amables con sus amigos y ásperos con sus enemigos.

[...]

375e -[...] Tú sabes que es propio de los perros de buena raza el ser tan mansos como es posible con las personas de la casa y con los conocidos, y lo contrario con aquellos que no conocen.

[...]

376e -Pues bien, imaginemos de qué forma educaremos a estos hombres, como si estuviéramos contando un cuento y tuviéramos todo el tiempo necesario para ello.

-Es lo que debemos hacer.

XVII. -¿Cuál será, pues, esa educación? ¿Será fácil encontrar una mejor que la establecida entre nosotros desde hace tiempo y que consiste en educar el cuerpo por la gimnasia y el alma por la música?

-No será fácil –dijo.

-Y antes que por la gimnasia, ¿no comenzaremos a educarlos por la música?

-Así lo pienso.

-¿Incluyes tú –pregunté- las narraciones en la música?

-Sí.

-Pero, ¿no hay dos clases de narraciones, verídicas las unas y ficticias las otras?

-Sí.

377a -¿Y no servirán ambas para la educación, y en primer lugar las ficticias? [... porque a los niños comenzamos por contarles cuentos que son ficticios aunque haya en ellos algo verdadero]

377b -¿Habremos de tolerar que los niños escuchen toda clase de fábulas imaginadas por el primero que llega y que acojan en su espíritu ideas que en la mayoría de los casos son

opuestas a las que nosotros juzgamos han menester cuando sean mayores?

-No hemos de tolerarlo de ninguna manera.

- c -Por lo tanto, debemos vigilar a los creadores de fábulas, escoger las buenas y rechazar las malas. Convenceremos a las nodrizas y a las madres de que cuenten a los niños las fábulas escogidas y que mediante ellas modelen sus almas [...]. De las que ahora se cuentan habrá que desechar la mayoría.

[...Sócrates en el diálogo propone desechar las fábulas de Hesíodo, Homero y otros poetas, que considera censurables por sus “indecorosas mentiras”, por la manera errónea en que presentan a los dioses y a los héroes, ya que “imaginan las mayores falsedades sobre los seres más excelsos”].

- 378e -[...] Hay que procurar más que nada, a mi juicio, que las primeras fábulas que oiga sean las más adecuadas para conducirlo a la virtud.

[...]

- 379b -¿No es acaso la divinidad esencialmente buena y no es obligación hablar de ella en esa forma?

-¿Quién lo duda?

[...Sostiene que lo bueno sólo puede ser causa de las cosas que están bien; por lo que los dioses, que son bellos y buenos, no pueden ser representados por los poetas como seres indignos.]

- 380c -Esta será –continué- la primera de las leyes relativas a los dioses y la primera de las normas conforme a la cual han de componer sus fábulas y cantar los poetas: la divinidad no es la causa de todo, sino únicamente del bien.

[...]

- 383a -¿Apruebas, pues, que la segunda norma que debe regir las narraciones y composiciones poéticas acerca de los dioses nos prohíba representarlos como hechiceros que cambian de forma y nos extravían con mentiras en palabras o en acciones?

-Lo apruebo –dijo.

Libro III

- 386a I. [...] –Ahora bien, si queremos que sean valerosos, ¿no será preciso decirles cosas que contribuyan a en lo posible a hacerles perder el temor a la muerte? ¿O crees tú que el hombre puede llegar a ser valiente cuando abriga ese temor?

-¡Por Zeus! –exclamó- no lo creo.

[...]

- 387b -Será, pues, necesario, me parece, vigilar a las que cuentan esta clase de fábulas [...que hacen temer la muerte, el Hades –especie de mundo supraterráneo al que iría el alma después de la muerte-]

- 387d -¿Suprimiremos también las quejas y los lamentos que a veces se ponen en boca de hombres insignes?

-Me parece –respondió- una consecuencia necesaria de lo anterior.

[... Sócrates y Adimanto consideran virtuoso al hombre que “no considere como un terrible mal la muerte de otro hombre virtuoso que es su amigo”, que “no llorará sobre su cadáver...”]

- e -Admitimos también que un hombre de esta condición puede bastarse a sí mismo para ser feliz y que tiene sobre los demás la ventaja de necesitar menos que nadie de los otros.

-Es verdad –dijo.

-Luego, para él será menos dolorosa la pérdida de un hijo, de un hermano, de la riqueza o de cualquier otro bien semejante.

-Menos, ciertamente.

-Será, pues, el que menos se lamenta y el que soporta con mayor resignación las desgracias que puedan ocurrirle.

-Desde luego.

-Tendremos, pues, razón de suprimir en boca de los hombres ilustres los lamentos, y

- 388a dejarlos a las mujeres, y ni siquiera a todas, sino a las muy vulgares, y a los hombres cobardes, con el fin de que aquellos destinados a la custodia del país menosprecien semejantes debilidades.
-Es razonable –asintió.
[...]
- 388e -Tampoco conviene que nuestros jóvenes sean propensos a la risa. Una risa violenta trae generalmente consigo una violenta alteración del ánimo.
-Así me parece –dijo.
- 389a -Es pues inadmisibles presentar a hombres dignos de respeto dominados por la risa, y mucho menos a los dioses.
-Mucho menos –afirmó.
[...]
- 389b -Será, pues, lícito el ejercicio de la mentira a los gobernantes de la ciudad, quienes podrán utilizarla para engañar a los enemigos o a los ciudadanos, en beneficio de la ciudad misma; nadie más podrá emplear la mentira.
[...]
- 389e -¿Y la templanza? –pregunté-. ¿No será también necesaria a nuestros jóvenes?
-Desde luego.
-Para la mayoría de los hombres, ¿no consiste principalmente la templanza en ser sumisos con quienes los gobiernan y saber dominarse en los placeres de la bebida, del amor y de la mesa?
-Así me parece.
[... Sócrates y Adimanto coinciden en que son justos aquellos pasajes de Homero en que se habla de los aqueos marchando y “demostrando a sus jefes un respetuoso temor”, y en censurar aquellos en que los soldados muestren insolencia.]
- 390d -Tampoco debemos tolerar que nuestros hombres sean venales ni amigos de riquezas.
-De ninguna manera.
[...]
- 395b VIII. –Si nos atenemos, pues, al principio que establecimos al comienzo, o sea que nuestros guardianes deben entregarse por completo y sin reservas a defender la libertad de la ciudad, despreocupándose de todo cuanto no se refiera a ello, no será posible que hagan o imiten ninguna otra cosa. Y en caso de que imiten algo [en la imitación artística, teatral, por ejemplo], será preciso que imiten desde la infancia aquellas cualidades que les conviene adquirir: la valentía, la prudencia, la piedad, la magnanimidad y otras semejantes, pero que no empleen su habilidad en imitar cosas innobles, ni vicios vergonzosos, no sea que la imitación los induzca a ser en la realidad aquello que imitan.
[...Sócrates y Adimanto concuerdan en no permitir que los jóvenes imiten a mujeres peleando con sus maridos, ni embriagadas por la dicha, ni quejándose, ni enfermas, ni enamoradas, ni presas de los dolores de parto; tampoco “a esclavos de uno u otro sexo, cumpliendo sus menesteres serviles”, “ni a hombres viles y cobardes”, “ni a los herreros y demás artesanos”, ni que imiten relinchos, mugidos ni ruidos de la naturaleza; todo eso sería impropio de un hombre de bien].
- 401b XII. ¿Bastará vigilar a los poetas y obligarlos a que nos presenten en sus poemas modelos de buenas cualidades y, de lo contrario, a que renuncien a la poesía entre nosotros, o deberemos vigilar también a los demás artistas para impedirles que imiten el vicio, la intemperancia, la vileza o la indecencia en la imagen que nos dan de los seres vivos en la arquitectura, o en cualquier otra clase de arte? Y en caso de que no sean capaces de adaptarse a lo que les pedimos, ¿no deberemos prohibirles que trabajen entre nosotros?
- c ¿No debemos temer, en efecto, que las imágenes del vicio influyan sobre nuestros guardianes, como si vivieran entre hierbas venenosas que recogieran y comieran todos los días, en dosis pequeñas, con lo cual, sin darse ellos cuenta, introducirían la corrupción en sus espíritus? Antes bien, ¿no será necesario buscar a los artistas naturalmente dotados para seguir las huellas de la belleza y de la gracia con el fin de que nuestros jóvenes,

- como los habitantes de una comarca saludable, saquen provecho de todo y que de todas partes los efluvios de las obras hermosas acaricien sus ojos y sus oídos, a semejanza de la
- d brisa de un clima benigno que les aporta salud, y los induzca desde la infancia a imitar, amar y sentirse en perfecto acuerdo con la bella razón?
- No podría educárseles mejor –respondió.
- Y si la música es la parte principal de la educación –proseguí-, ¿no es acaso, Glaucón, porque el ritmo y la armonía son especialmente aptos para llegar a lo más hondo del alma, impresionarla fuertemente y embellecerla por la gracia que les es propia, siempre que esta educación se dé como conviene, pues de otra manera produciría efectos
- e contrarios? ¿No es éste también el motivo por el cual un joven que ha recibido una educación musical conveniente percibe con claridad lo que hay de imperfecto y defectuoso en las obras de arte y de la naturaleza y mientras más le desagradan, mejor advierte y elogia la belleza que encuentra a su alrededor, dándole asilo en su alma y
- 402a nutriéndose de ella, por así decirlo, y haciéndose un hombre de bien? Al paso que sentirá desprecio y aversión por todo aquello en que observe fealdad, y esto le ocurrirá desde la edad más temprana, antes de poderse dar cuenta de ello por la razón. Y más adelante, cuando llegue al uso de la razón, ¿no habrá de acogerla con alegría porque la educación que ha recibido estableceré entre él y la razón su vínculo estrecho y familiar?
- En efecto –dijo-, tales son las ventajas que uno espera de la educación por la música. [Luego Sócrates hace una analogía: así como cuando aprendemos a leer necesitamos reconocer todas las letras, para poder luego reconocer rápidamente sus combinaciones, así un joven bien educado en la música, cuando esté “en presencia de la templanza, de la valentía, de la generosidad, de la magnanimidad y de las demás virtudes” podrá reconocer las virtudes y los vicios opuestos en todas las combinaciones en que aparecen].
- 402d -Por lo tanto –proseguí-, un hombre que reúne a la vez un hermoso carácter en su alma y en su exterior rasgos que se ajustan a su carácter y armonizan con él, porque participan del mismo modelo, ¿no será el más hermoso espectáculo para quien pueda contemplarlo?
- El más hermoso que pueda pedirse.
- [...]
- 403c XIII. Después de la música, la educación gimnástica ha de formar a los jóvenes.
- Sin duda.
- d -Es necesario, pues, que desde la infancia y durante el curso de su vida sean educados cuidadosamente por ella. He aquí, a mi juicio, el método que debe seguirse, examínalo conmigo y dime si compartes mi opinión. No creo que el cuerpo, por bien constituido que esté, domine por su perfección al alma buena; por el contrario, creo que el alma, cuando es buena, imprime al cuerpo, como un efecto de su propia excelencia, toda la perfección de que es capaz.
- [... Por eso, una vez que el alma está bien educada, la educación del cuerpo se limita a unas pocas normas generales, tales como:]
- 403e -[...] Un guardián debe incurrir menos que nadie en el vicio de embriagarse y perder el conocimiento de sus actos.
- En efecto –dijo, sería ridículo que un guardián necesitara de un guardián.
- ¿Y en lo que concierne a la alimentación? ¿No son acaso los guardianes atletas destinados a librar los más esforzados combates?
- Sí.
- 404a -¿Les convendría el régimen de los atletas ordinarios?
- Quizá.
- [...]
- Es necesario –proseguí- un régimen más sutil para los atletas guerreros que, como los perros, deben estar siempre alerta y tener la vista y el oído lo más aguzados posible y
- b mantener su salud inalterable, aunque cambien continuamente en sus campañas de agua y alimentos y pasen de los rigores del calor a los del frío.
- Soy de tu misma opinión –dijo.

-Por lo tanto, ¿no será la mejor educación gimnástica aquella que esté hermanada con la música de que hablamos poco antes?

-¿A qué te refieres?

-A una gimnasia sencilla, moderada y que sea, ante todo, un adiestramiento para la guerra.

[...Proponen luego una alimentación sencilla, sin condimentos, con poca variedad. Creen que si la gente practica la moderación, en la ciudad casi no harán falta ni médicos ni jueces.]

410b -Y ateniéndonos a las mismas normas, el educado en la música que se dedique a la gimnasia, no llegará, si se lo propone, a prescindir de la medicina fuera de los casos de absoluta necesidad?

-Me parece que sí.

-En los ejercicios gimnásticos y en las fatigas que se imponga tendrá en mira, más que aumentar su fuerza física, desarrollo de su fuerza moral. Lejos de imitar a los atletas, no seguirá un régimen ni hará esfuerzos penosos con el propósito exclusivo de hacerse más fuerte.

-Tienes mucha razón –dijo.

c -¿No es cierto, Glaucón –pregunté-, que la educación basada en la música y la gimnasia no se propone, como imaginan muchos, formar la una el alma y la otra el cuerpo?

-¿Qué otra finalidad podrían tener? –inquirió.

-Es posible –contesté- que una y otra hayan sido establecidas para formar principalmente el alma.

[...]

d -Efectivamente –dijo-, he observado que los que practican exclusivamente la gimnasia se vuelven más ásperos de lo que sería menester, y los que sólo cultivan la música adquieren una blandura excesiva.

e -En verdad –proseguí-, esa aspereza puede provenir de una fogosidad natural, que bien educada se convertiría en valentía [...] la blandura de un carácter filosófico [...] bien educado conduce a una prudente mansedumbre [...]. Pues bien, nosotros decíamos que

411a los guardianes deben reunir en su naturaleza estos dos caracteres. [...] Esa armonía hace al alma templada y valerosa a la vez.

[...]

412a -En nuestra ciudad, Glaucón, nos será siempre necesario un gobernante que reúna estas condiciones, si queremos que subsista su organización política.

[...]

XIX.

-Sea, ¿Qué nos queda, pues, por precisar? ¿No será la selección, entre los ciudadanos así educados, de los que deben mandar u obedecer? [...]

412e -Por lo tanto, deberemos elegir entre todos los guardianes a aquellos que, después de un detenido examen, nos parezcan más dispuestos a cumplir con todo celo y durante toda su vida lo que juzguen útil para la ciudad y que no consientan de ninguna manera en hacer lo contrario al bien público.

-Éstos son, en efecto, los gobernantes que convienen –observó.

-Creo, pues, que será necesario observarlos en todas las edades de su vida para comprobar si se mantienen fieles a estos principios [...].

[... Sócrates propone someterlos desde pequeños a pruebas, obligándolos a desempeñar aquellas actividades que más fácilmente puedan hacerlos olvidar estos principios para ver si no se dejan engañar; y también someterlos a trabajos, sufrimientos y luchas, y observar cómo los soportan.]

414b -¿Y no sería razonable llamar perfectos guardianes a estos hombres que guardan la ciudad de los enemigos exteriores y de los falsos amigos interiores, quitando a unos el poder de hacer mal y a otros la voluntad de infligirlo y que, en cambio, a los jóvenes que hace un momento llamábamos guardianes les diéramos el nombre de auxiliares y

ejecutores de lo que deciden aquellos que tienen el mando?

-Soy de tu opinión –contestó.

XXXI. [Aquí Sócrates propone hacer uso de la mentira necesaria, lícita en los gobernantes, para contar a los ciudadanos una ficción o leyenda, el mito de los metales.]

414d -[...] trataré de persuadir primero a los gobernantes y a los guerreros, y después al resto de los ciudadanos, de que toda la educación e instrucción que han recibido de nosotros y cuyos efectos han creído sentir no era otra cosa que un sueño y que en realidad han sido formados y educados en el seno de la tierra, ellos, sus armas y todo cuanto les pertenece, y que después de haberlos enteramente formado, la tierra, su madre, los ha dado a luz, por lo que ahora deben considerar la tierra que habitan como su madre y nodriza y defenderla si alguien la ataca, y considerar también a los demás ciudadanos como hermanos que han surgido a semejanza de ellos, del seno de la tierra.

-No sin razón –dijo-, vacilabas en contarnos esta fábula.

415a -Es natural –asentí-, pero escucha, pues, el final de la leyenda: “Los que formáis parte de la ciudad sois, pues, hermanos –les diremos continuando la ficción-, pero el dios que os ha formado hizo entrar oro en la composición de aquellos de vosotros que sois propios para gobernar a los demás; por tanto, son éstos los más nobles; hizo entrar plata en la composición de los auxiliares, y hierro y bronce en la de los labradores y demás
b artesanos. Como todos tenéis un origen común, vuestros hijos serán semejantes a vosotros, pero puede suceder que de un ciudadano de la especie del oro proceda un vástago de la especie de la plata, o que uno de la especie de la plata tenga un descendiente de la del oro, y que lo mismo ocurra con los dos metales restantes. Ahora bien, el dios ordena ante todo y sobre todo a los gobernantes que presten especial
c atención al metal con que se haya forjado el alma de sus descendientes, y si sus propios hijos tuvieran alguna mezcla de bronce o de hierro deben, pues, los gobernantes, sin honrarlos más de lo que conviene a su naturaleza, obrar sin conmiseración alguna y relegarlos a la condición de los artesanos o labradores; por el contrario, si éstos nacen
d hijos con mezcla de oro o de plata, elevarlos en el primer caso al rango de los destinados a guardianes de la ciudad, y de auxiliares en el segundo, porque hay un oráculo según el cual la ciudad perecerá cuando sea guardada por el hierro o por el bronce”. ¿Conoces tú algún medio de hacer creer esta fábula?

d -Ninguno –dijo- para hacerla creer a aquellos a quienes hablas, mas sí para hacerla creer a sus hijos, a sus nietos y a los que nazcan después.

e [¿En cuanto al modo de vida de los guardianes...]

-Que se acerquen y escojan en nuestra ciudad el lugar más apropiado para establecer su campamento, donde mejor puedan reprimir a sus conciudadanos, si alguno pretendiera no someterse a sus leyes, y rechazar los ataques del exterior si el enemigo se lanza sobre nosotros como un lobo sobre el rebaño. [...]

416b -¿No habrá, pues, que vigilar por encima de todo a nuestros auxiliares para que no sigan esa conducta con los ciudadanos y, abusando de su fuerza, de protectores benévolos se conviertan en salvajes tiranos?

-Habrá que vigilarlos –dijo.

d [...] En primer lugar, ninguno tendrá nada que le pertenezca, excepto los objetos de primera necesidad; en segundo, ninguno tendrá casa o despensa donde no pueda entrar todo el que quiera. En cuanto a sus alimentos, recibirán de los demás ciudadanos aquellos que puedan necesitar guerreros atletas, sobrios y valerosos, como recompensa de la
e defensa que les prestan, y en cantidad suficiente para un año, sin que nada les sobre ni les falte. Harán vida en común y sus comidas serán colectivas, como soldados en campaña.

417a Se les dirá que han tenido siempre en sus almas el oro y la plata divinos, que para nada necesitan el oro y la plata de los humanos y que es impío manchar la posesión del oro divino con la del oro terrestre [...]. Pues si adquieren tierras, casas y dinero, de guardianes se convertirán en administradores y labradores, y de defensores de los demás ciudadanos, en sus tiranos y enemigos. [...]

Libro IV

- 427d -Podemos considerar fundada la ciudad, hijo de Aristón –continué. Y ahora, procurándote la luz necesaria, y llamando en tu ayuda a tu hermano, a Polemarco y a los demás, veamos juntos dónde residen la justicia y la injusticia [...]
- e -Te ayudaremos –respondió.
-Pues bien –dije-, espero hallar lo que buscamos procediendo de la siguiente manera: pienso que si nuestra ciudad está bien constituida, será perfecta.
-Necesariamente –replicó.
-Ha de ser por fuerza prudente, valerosa, temperante y justa.
-Sin duda. [...]
- 428b -La ciudad que hemos descrito me parece en verdad prudente, por ser acertada en sus deliberaciones, ¿no es así?
-Sí.
-Y eso mismo, el acierto en las deliberaciones, es evidentemente una especie de ciencia.
- 428d -¿Pues qué? ¿No hay en la ciudad que acabamos de establecer una determinada ciencia, propia de ciertos ciudadanos, cuyo fin sea deliberar, no sobre un aspecto concreto de la ciudad, sino sobre toda ella, para reglamentar lo mejor posible su organización interior y sus relaciones con las demás ciudades?
-La hay, ciertamente.
-¿Cuál es –pregunté- y entre qué ciudadanos se la encuentra?
-Es la ciencia que se propone la salvaguarda de la ciudad y la encontramos en aquellos gobernantes a quienes llamábamos recientemente perfectos guardianes. [...]
- 428d -Por consiguiente, la ciudad establecida conforme a la naturaleza será toda ella prudente por el grupo menos numeroso y por la parte más pequeña de sí misma, y en virtud de la ciencia que allí reside; y, según parece, es en el número más reducido posible como la naturaleza produce los hombres a quienes corresponde participar de esta ciencia que, entre todas las ciencias, es la única que merece llamarse prudencia. [...]
- 429b -La ciudad es, pues, valerosa porque le imprime ese carácter una de sus partes, es decir, porque posee en ella la virtud de preservar en todo momento, según el recto criterio, sobre las cosas que hay que temer la opinión de que éstas son y han sido siempre las mismas, tal como el legislador las ha consignado en la educación. ¿O no es a esto lo que tú llamas valor?
-No he comprendido bien lo que acabas de decir –contestó. Repítelo.
-Digo que el valor es una especie de preservación.
-¿Qué clase de preservación?
-La del criterio que nos han dado las leyes, por medio de la educación, sobre las cosas que hay que temer y sobre su naturaleza. [...]
- 430b -[...]A esta fuerza que preserva en todo momento el criterio justo y legítimo sobre las cosas que deben y las que no deben, llamo y tengo por valor [...]
- 430d -Dos cualidades –dije- quedan aún por descubrir en la ciudad, la templanza y, por último, la justicia, que es el objetivo de nuestras investigaciones.
[...] comienzan por la templanza]
- 430e -La templanza es, de alguna manera, un orden que el hombre pone en ciertos placeres y pasiones y un dominio que ejerce sobre ellos, si hemos de creer a la expresión, que no comprendo muy bien, “ser dueño de sí mismo” y a muchas otras semejantes y que son, por así decirlo, otros tantos modos de calificar esa virtud, ¿no es así?
-Desde luego –afirmó. [...]
- 431a -Hay en el alma del hombre algo bueno y algo menos bueno, y cuando lo naturalmente bueno predomina sobre lo menos bueno se dice que el hombre es “dueño de sí mismo”, y con ello se lo elogia. Pero cuando a consecuencia de la mala educación, o de las malas compañías, lo bueno, muy aminorado, es dominado por lo menos bueno, se dice [...] que el hombre es esclavo de sí mismo e intemperante. [...]
- 431e -[...] ¿en qué clase de ciudadanos dirás tú que reside la templanza? ¿En la de los

gobernantes o en la de los gobernados?

-Supongo que en ambas -replicó.

-¿Te das cuenta –pregunté- de que con razón decíamos, hace un momento, que la templanza se parece a una especie de armonía? [...] la templanza, extendida

432a naturalmente por toda la ciudad, crea un acorde perfecto entre los ciudadanos, sean débiles, de mediana fortaleza o fuertes [...] la templanza consiste en este acuerdo, en esta armonía entre lo menos bueno y lo mejor por naturaleza que hay en una ciudad o en una

b persona y que decide cuál de ellos ha de gobernar tanto en la una como en la otra.

-Estoy de acuerdo contigo –dijo.

-Pues bien –dije-, si no me engaño, ya tenemos observadas tres cualidades de la ciudad. Nos queda la última por examinar, mediante la cual aquélla alcanza su excelencia. ¿Cuál puede ser? La justicia, evidentemente.

-Evidentemente.

[... A continuación van retomando ideas y dando varias definiciones de justicia]

433b -...nosotros mismos lo hemos dicho, que la justicia consiste en hacer cada uno lo suyo y no ocuparse en muchas actividades. [...]

434a -[...] la justicia consiste en asegurar a cada uno la posesión de su propio bien y el ejercicio de la actividad que le es propia.

[Recapitulan que han buscado la justicia en grande, en la ciudad, para que les permitiera ver cómo es la justicia a nivel pequeño, del individuo; entonces...]

435b -Entonces el hombre justo, en cuanto lo sea, en nada se diferenciará de la ciudad justa y le será semejante.

-Le será semejante –dijo.

-Pero la ciudad nos pareció justa cuando las tres clases de naturaleza que la componen llenaban las funciones que les son propias, y así la hemos hallado temperante, valerosa y prudente en razón de ciertas disposiciones y cualidades [o virtudes] correspondientes a esas mismas clases.

-Cierto es –afirmó.

435e -¿No es necesario convenir –dije- que cada uno de nosotros tiene las mismas partes y maneras de ser que la ciudad?

436a [Y acuerdan en que...] hay tres partes en nosotros que se encargan cada una de su función respectiva, es decir,[...] una de esas partes que hay en nosotros nos induce a aprender, la otra a encolerizarnos y la tercera a desear los placeres de la comida, de la reproducción de la especie y otros similares a éstos [...]

441c - [Llegan al resultado de que en el alma del individuo hay las mismas partes que en la
d ciudad: el individuo será prudente por la misma causa que la ciudad es prudente; la ciudad será valerosa por lo mismo que el individuo es valeroso. Con la justicia pasa lo mismo: la ciudad es justa en virtud de que cada una de sus clases hace en ella lo que le es propio. De igual manera, en el individuo, éste será justo si cada una de las partes que hay en él hace también lo que es propio de ella.]

441e -¿Y no corresponde a la parte racional mandar, por el hecho de ser prudente y tener la misión de vigilar el alma entera, y a la parte irascible, en cambio, no le corresponde obedecer y secundar a aquélla? [...] ¿Y la combinación de la música y de la gimnasia, como decíamos, no las podrá en perfecto acuerdo [...]? [...] Entre estas dos partes

442a educadas, instruidas y ejercitadas de tal manera para el cumplimiento de lo que es propio de ellas, deberán gobernar la parte concupiscible [...]

Libro V

460b -Y a los jóvenes que se distingan por su excelencia en la guerra o en cualquier otra

actividad se les concederá, entre diversas recompensas, el permiso de acostarse más a menudo con las mujeres para que, con este pretexto, tengan el mayor número de hijos

c [...]. Ahora bien, los hijos, a medida que vayan naciendo, estarán a cargo de instituciones formadas por hombres o por mujeres [...] Llevarán, pues, a los hijos de los mejores a un

- establecimiento común, y los confiarán a nodrizas que vivirán separadamente [...] procurando por todos los medios posibles que ninguna [madre] reconozca a su hijo [...]
- e -La mujer dará hijos a la ciudad desde los veinte hasta los cuarenta años, y el hombre, después de haber pasado “el más fogoso ímpetu de la carrera”, hasta los cincuenta y cinco años. [...]
- 462b -¿Y la comunidad de dolores y de alegrías no es acaso lo que une, cuando todos los ciudadanos, en la medida de lo posible, se regocijan o se afligen igualmente por los mismos sucesos venturosos y por las mismas desgracias?
- c -Y la ciudad mejor administrada ¿no será aquella en que la mayoría de los ciudadanos digan de igual manera y respecto a las mismas cosas: “es mío” y “no es mío”?
- 464a -...a consecuencia de esta manera de sentir y de expresarse habrá entre ellos comunidad de alegrías y de penas [...] ¿a qué otra causa atribuirlo sino a nuestra organización en general y, en particular, a la comunidad de las mujeres y de los hijos entre los guardianes? [...]
- c ...nuestros guardianes no deben poseer en propiedad casas, ni tierras, ni cualquier otra
- e clase de bienes [...] En consecuencia ¿no estarán al abrigo de las querellas que surgen entre los hombres por la posesión de riquezas, por los hijos y parientes? [...]
- 465d -Libres de todas esas miserias, nuestros guardianes llevarán una vida más feliz que la vida bienaventurada de los vencedores olímpicos. [...]
- 473d -En tanto que los filósofos –expliqué- no reinen en las ciudades, o en tanto que los que ahora se llaman reyes y soberanos no sean verdadera y seriamente filósofos, en tanto que la autoridad política y la filosofía no coincidan en el mismo sujeto, de modo que se aparte por la fuerza del gobierno a la multitud de individuos que hoy se dedican en forma exclusiva a la una o a la otra, no habrán de cesar, Glaucón, los males de las ciudades, ni tampoco, a mi juicio, los del género humano [...].

Más adelante, en el **libro VI**, examinan por qué el filósofo –por su conocimiento de las ideas más elevadas- es el más apto para conducir la ciudad y cuál es el tipo de vida que debe llevar. El libro termina con el llamado “paradigma de la línea”, que correlaciona grados de ser y grados de conocimiento, culminando en la Idea del Bien, idea suprema.

El **libro VII** se inicia con la famosa “alegoría de la caverna” y luego, a partir de 521c, proponen cómo debe ser la educación superior para los futuros gobernantes: 1º aritmética; 2º geometría; 3º estereometría de los sólidos [especie de física]; 4ª astronomía. Estos estudios serían preparatorios para llegar a la máxima disciplina: la dialéctica, que “está en condiciones de alcanzar, sin el auxilio de los sentidos y mediante el uso de la razón, la esencia de cada cosa”, del bien, el término de lo inteligible (ver 532a).]